







# LOS ÚLTIMOS AMERICANOS

CHAI EDITORA



Brandon Taylor

# LOS ÚLTIMOS AMERICANOS

Traducción de JUAN NADALINI

# Taylor, Brandon

I. Novelas.

I. Nadalini, Juan, trad. II. Título. CDD 810

Este libro fue publicado bajo el acuerdo de Riverhead Books que forma parte de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC

Título original: *The late americans*

© Del texto, Brandon Taylor, 2023

© De esta edición, Chai Editora, 2025

© De la traducción, Juan Nadalini, 2025

Diseño de tapa  
Gonzalo Marín

Foto de tapa  
Mariana Pacho Lopez

Diseño de colección, web e identidad  
Lamas Burgariotti

Primera edición en Argentina  
Febrero 2025

ISBN: 978-631-90050-9-7

Hecho el depósito que marca la ley 11.723



Austria 1840  
Ciudad de Buenos Aires,  
Argentina  
[www.chaieditora.com](http://www.chaieditora.com)







*Sabes cómo recibirías a un dios.*

*¿Y si fuera  
una parte de tu carne?*

*¿Y si tuvieras  
un hambre terrible?*

Derrick Austin



## 1. Los últimos americanos

En sillas plegables de plástico, los alumnos del seminario: siete mujeres, dos hombres. Lo suficientemente ingenuos como para creer en la fuerza transformadora de la poesía pero también con el cinismo necesario como para aceptar, en sus horas más oscuras, que no era más que una vocación pseudoespiritual, algo parecido al sufrimiento de los televangelistas.

Afuera, el último día azul de octubre. Pronóstico de nieve.

Analizan “Andrómeda y Perseo”, un poema de Beth que da vuelta el título del cuadro de Tiziano para centrarse en los sufrimientos de Andrómeda y no en los actos heroicos de Perseo (violador, asesino, destructor de mujeres).

—El rescate es tan cruel como el cautiverio —dice la chica bajita de Montana.

El poema ocupa quince páginas a interlineado simple y ofrece, entre otras cosas, la descripción explícita de un acto sexual en plena menstruación durante el cual un acolchado gris se ensucia con sangre. Algo que aparece mencionado como “la marca de Gorgona”, en referencia a “la mancha de hierro” que queda en la túnica de Medusa cuando Perseo la decapita.

Pasan un buen rato absorbiendo el sistema de alusiones e imágenes del texto, su densidad narrativa, la potencia emocional del tema, su relevancia cultural, cada día más notoria (esto es: las mujeres, el trauma, los cuerpos, la vida en los límites del mundo).

—Me encanta la improvisación gestual... Tiene algo como de Joan Mitchell —dice Helen, alguien que alguna vez, en los suburbios de Denver, fue una especie de novia adolescente en una comunidad mormona, y que ahora vive arriba de un bar, en la zona céntrica de Iowa City, y escribe poemas sobre chicos moribundos y ladillas.

—O sea, digo, qué filoso. Filosísimo, como un diamante. Casi puede cortar. Dios santo. —Esa es Noli. Diecinueve años, niña prodigio. Un desencanto para sus padres. Porque se dedica a la poesía en lugar... ¿de qué?, ¿de estudiar medicina?, ¿de buscar una cura para el cáncer?

—Sí, totalmente. Pero muy crudo. Visceral.

—Y vibrante, exacerbado... —Mika, veintiocho años, gran imitadora de Steve Nicks: pulseras, botas, vestidos vaporosos.

—... electrificado, de alto voltaje. —Otra vez Noli, que hoy está muy charlatana. Expansiva.

—Una voz, una voz, una voz. —Esa es Linda, una chica negra de Tulsa. Trencitas. Piel perfecta, lustrosa. Estudió en la Universidad de Texas en Austin, hizo un PhD en Física en el MIT. Terminó. O abandonó. Da igual. Lo cierto es que ahora está ahí en Iowa, como el resto del grupo. Mantiene cierta tensión con Noli, también negra, también brillante. No son *hermanas*. Se excluyen mutuamente con gran intensidad.

—Por fin algo *genuino* —dice Noli. Linda aguza la mirada—. Pero súper riguroso. O sea, digo, no esa cosa falsa y horrenda de la poesía *slam*. Una voz. Nada más.

—Quiero que me metan algo así en las venas. Muy fuerte —dice Helen.

Beth queda envuelta en esos efluvios de alabanza, recibe los elogios con un brillo sosegado. El profesor, alguien que nunca aspiró seriamente al Pulitzer pero que tampoco carece por completo de posibilidades, asiente muy despacio. Preside el grupo como si fuera el pastor de una congregación de jóvenes cristianos.

O eso al menos es lo que imaginaba Seamus mientras se iba adormeciendo sin prestar demasiada atención. Después, al volver en sí, al hacerse presente otra vez en esa habitación, pudo ver *en serio*. Los labios de Beth formaban una línea fina, y las cejas eran dos arcos. Estaba abatida a pesar de los elogios, y eso que los elogios parecían

ser casi la motivación central de los poemas que se escribían ahí. Las alabanzas. Las palmaditas en la espalda. La posibilidad de convertirse en un santo contemporáneo, en un mártir.

Qué raro, pensó Seamus, que alguien a quien le acababan de ofrecer lo que más anhelaba pareciera tan abatida.

Por toda la pared más alta del aula del seminario, paneles de cristal trapezoidales. Era un salón elegante, con vigas de madera oscura y ventanales amplios. Tenía cierta atmósfera como de granero. El sol de la media tarde se derramaba sobre los pisos percutidos. En estantes cerrados bajo llave, libros de varios exalumnos del programa de escritura que habían alcanzado una gloria discreta.

Esa pátina de prestigio, al igual que la cera gastada de los pisos de madera, había conocido días mejores. Pero así era el prestigio: cuanto más viejo, cuanto más apolillado, más valioso. Para algunos poetas el prestigio era lo único. La poesía *era* el prestigio, y si nadie los veía escribiendo poemas, *siendo* poetas, entonces *no eran* poetas. Para esos poetas el seminario suponía el cenit de sus vidas artísticas. Ya nunca volverían a recibir una atención así, semanal, centrada en sus escenificaciones poéticas.

—Este poema pone en entredicho las nociones básicas de fiabilidad. Porque, digamos, ¿quién tiene más autoridad sobre una determinada experiencia que la persona que atraviesa la experiencia misma? Pero, bueno, las inconsistencias en el relato te hacen dudar si esa verdad es realmente un palimpsesto de falsedades, y... —otra vez Helen, aunque ahora interrumpida por Garza, mitad tunecina, mitad quebequense pero criada en Toronto y en Oakland.

—Sí, absolutamente. Muy a la Vicuña, como en *Spit Temple...*

—Prefiero el enfoque de Moraga sobre la historia personal, y cómo suple los huecos en los archivos con... —la que pisaba la respuesta de Garza era Noreen, de West Virginia, alguien con un

levísimo acento que bien podría ser falso (se evaporaba misteriosamente cuando estaba borracha).

—Hartman nos enseña que los archivos se construyen a modo de... —Noli, que también se abría paso.

Interrupciones constantes, enmiendas; escaramuzas y amagues. Como un perro que lograba por fin morderse la cola y la masticaba hasta llegar al cartílago. Seamus miró a su derecha, hacia donde estaba Oliver, que escuchaba muy atento, con expresión satisfecha y receptiva. Cómo haría, quiso saber, para tomarse tan en serio una discusión que involucraba el tema de la violencia de los archivos y la obra de Cherríe Moraga y Cecilia Vicuña, que no se vinculaban ni remotamente con el poema que estaban analizando. Eso no era poesía. Era un remedo de poesía que reclamaba validación. Era una suerte de puesta en escena poética: bastaba con que alguien nombrara la cantidad suficiente de autores como para que los demás dieran por hecho que sabía de qué hablaba, y de inmediato le atribuían la imprecisión de las referencias a su propia ignorancia. Pero Seamus había leído a Moraga y a Vicuña. Había leído los ensayos críticos de Saidiya Hartman (*avant* la beca MacArthur, *bien sûr*), y también los ensayos críticos en respuesta a la obra de Hartman. Sabía que Estados Unidos era una batalla de archivos en disputa. Historias contrapuestas, cada cual con sus propias y distintas turbulencias.

A estos poetas les habría resultado más fácil aceptar que a veces mentían, que a veces se equivocaban y que a veces la verdad cambiaba en su interior durante el proceso de escritura. Que a veces los traumas reconfiguraban el vínculo con la verdad pero también con el propio sistema discursivo. Pero no, seguían tanteando. Aventurando sus pésimas ideas y tirando nombres con la esperanza de que alguien les dijera que eran inteligentes, que les dijera que eran brillantes, que eran agudos, radicales, poetas, pensadores, mentes preclaras, aunque no fueran más que unos nenes.

—¡Y la parte de la sangre en las sábanas! O sea... Guau —dijo Noli—. Deslumbrante. Irrebatible.

Seamus pasó rápido las páginas hasta llegar a los versos sobre la marca de Gorgona, cuya intensidad venérea lo había sorprendido. Era un detalle que se *podía llegar* a leer en un buen poema. Una especie de O'Hara procesado por Kooser.

Pero al repasar esa línea sintió un cosquilleo. ¿Qué clase de persona, qué clase de inteligencia poética atinaba a pensar, al ver sangre menstrual sobre la ropa de cama, después un acto sexual mediocre, en la decapitación de Medusa? Demasiado raro. No la sangre en sí, sino lo pretencioso de semejante asociación. *Ahí* estaba la falsedad. En permutar la cosa real por algo tan cargado de sentido que terminaba colapsando sobre sí mismo. El poema entero se convertía en un chiste. Era un cierto tipo de texto que afloraba bastante a menudo en el seminario: anécdotas personales transmutadas en gestos difusos hacia obras importantes; poemas que a la larga no conseguían transmitir una comprensión cabal de esas obras ni un sentimiento genuino. Autoengaños disfrazados de confesiones.

Seamus se rio en silencio.

El profesor, una suerte de gnomo con la cabeza repleta de pelos blancos, altos, lo miró fijo. Hizo una pausa.

—¿Querías agregar algo, Seamus? —Todos lo miraron. Ese era, sabía bien, un recurso para convocar la atención colectiva. Su único rasgo carismático. Y al mismo tiempo algo que no lograba controlar. Sí, era cierto, podría haberse esforzado un poco más. En definitiva lo suyo también era una puesta en escena, salvo que la consideraba moralmente aceptable porque él *sabía* que se trataba de una actuación. No hacía de cuenta que era poesía.

Jugó un segundo con las hojas, pero después soltó una risita y dijo:

—O sea... ¿esto sería como decir que tiene una cabeza de Gorgona en la concha? Algo digno de Trump, ¿no?

Un mini truco de magia. Silencio, oscuridad, ira. Y después, muy despacio, otra vez las luces que volvían a encenderse. Fastidio. Irritación.

Ingrid Lundstrom dijo:

—Creo que es más bien como decir que vivimos en un mundo que convirtió los cuerpos de las mujeres en objetos revulsivos, hirientes y... ¿cómo nos despojó de nuestro propio placer? Creo que merece cierto respeto.

Ingrid había cursado con él en Brown. Mientras estaban en segundo año, el *New Yorker* le había publicado un poema, un texto crudo y autobiográfico sobre la conversión de su padre al evangelismo y su posterior autoinmolación. Ella era esa clase de poeta que centraba su obra en la propia vida, como si la totalidad de la existencia humana no resultara más relevante que el relato, apenas angustiante, de la primera vez que se había puesto un tampón. Seamus pensaba que sus poemas eran cobardes, hermosos, absolutamente deshonestos.

—Sí, bueno, pero medio que tiene la cotorra llena de sangre de Medusa. ¿Estoy errado? ¿Me estoy perdiendo la alusión?

Oliver intercedió con una risa.

—Capacidad negativa, ¿no? —dijo.

—Estamos acá para ser testigos del poema —dijo el profesor.

Seamus resopló por la nariz. Ingrid intervino, cortante:

—A mí me parece que es clave recordar que el yo enunciativo del poema carga con un claro legado violento, y que esa ambivalencia en relación con el deseo/cuerpo/amor/anhelo tiene validez.

*Testigos, legado violento, validez:* era por palabras como esas que a Seamus el seminario le parecía menos un ejercicio intelectual riguroso que una corte para juzgar crímenes de guerra. Lo despreciaba: no porque creyera que todos esos traumas fueran falsos, sino porque no pensaba que estuvieran necesariamente vinculados con la poesía.



—¿Eres poeta o asistente social? —preguntó Seamus.

—¿Qué mierda me acabas de decir?

Qué devoción apabullante, qué superioridad moral tan iracunda. A Seamus le encantaba ver cómo se iba agrietando la máscara de Ingrid.

—Es un término *neutro*. A menos que pienses que sí tiene género. En cuyo caso sería una idea bastante sexista.

Ingrid se puso de pie y le dedicó a Seamus una mirada apática y desdeñosa. Después se fue hacia la piletita que había al fondo del salón a llenar una pava eléctrica.

—Qué infantil —dijo Helen *sotto voce*.

Seamus arrugó mucho la cara, se refregó los ojos, hizo puchero.

—Nos estamos yendo por las ramas —dijo el profesor con la vista en alto, clavada en las vigas del techo, como esperando una señal de la divinidad.

—Ellos son los que agravian. Mis comentarios se referían al texto —dijo Seamus. Durante todo ese intercambio Beth no había hecho más que mirar fijo su cuaderno y garabatear furiosa hasta dejar el ángulo de una hoja negro de tinta. Seamus se inclinó hacia adelante, los codos sobre las rodillas, y la observó mientras giraba una y otra vez la muñeca.

—Qué polémico.

—Imbécil.

Un coro de oprobios. Como las brujas de Macbeth, pero no tan graciosas. Con menos júbilo, menos farsa.

—Sus insultos me pasman —dijo Seamus—. Me hacen acordar a los días tortuosos de mi infancia. Por favor, basta.

Ingrid calzó la pava en la base y le dio un golpecito al interruptor. El aparato vibró al cobrar vida.

—El poema... —dijo el profesor—. El poema es todo.

—Tal vez sea hora de un recreo, colega —dijo Oliver, y le apoyó una mano en la nuca.

—Obvio, amigo —dijo, y le mostró los dientes. Oliver hizo que no con la cabeza. Pero Seamus no podía parar. Había saboreado la atención del grupo. Ese gusto ferroso, dulzón. Quería más. Sus gestos, sus muecas, la bronca, el incordio. Todas tan pagadas de sí mismas. Tan asertivas.

—Creo que a todos nos vendría bien un poco de aire fresco —dijo el profesor—. Tal vez mejor ya dejamos acá por esta semana. Pueden retirarse.

Bueno, adiós a la diversión. Adiós y hasta nunca. Qué injusto. Seamus refunfuñó y se puso de pie. Después Oliver. Los demás se quedaron en sus lugares, muy quietos. Conformaban diversas viñetas de la espera. Se susurraban cosas, intercambiaban cuadernos, miradas cáusticas. Seamus se preguntó si únicamente los estarían echando a él y a Oliver, como si fueran dos chicos revoltosos, mientras que el resto se quedaba dando vueltas hasta que empezara un segundo seminario secreto (el verdadero). Aguardó unos segundos más pero después sintió que una mano de Oliver le tironeaba del codo.

Bueno, está bien, pensó. Que así sea.

—Que les vaya bien con la clase de yoga —dijo Seamus por sobre el hombro.

—Que te vaya bien con la retención fecal —respondió Noli.

Seamus y Oliver en el puente.

Seamus detestaba, aunque no podía eludir, esa compulsión suya a mitigar los tormentos del seminario. En realidad todas las semanas era lo mismo: tal y cual dijo esto, tal y cual dijo eso otro, ¿qué *opinas*? Qué pregunta tonta. La opinión había muerto con el advenimiento de lo contemporáneo, del instante. La opinión era una de esas rémoras de otra época, una mera sombra de la historia. Pero bueno, ahí reverenciaban las creencias personales. Eran poetas, después de todo.

—Odio cuando a los poemas les ponen títulos de cuadros. La écfrasis está muerta, amigo... Qué triste, qué forma de llamar la atención.

—Ajá, estoy de acuerdo. Un prestigio intelectual tan vano.

—Es lo que uno hace cuando sabe que su arte es malo. ¿La idea es que la redundancia se convierta en un sustituto de la profundidad? No sé.

—Se engañan.

—Mucho.

—Un sinsentido abstracto.

—Sep.

Bajo sus pies, el puente bamboleante, y aguas verdes, haraganas. Orillas barrosas, oscuras, cubiertas de zarzas, de césped dorado. Las mejillas rubicundas de Oliver y el olor a tabaco de sus cigarrillos armados. Una mirada casi insoportablemente tierna.

No por primera vez, Seamus se imaginó la cara de Oliver arrugada en una mueca grotesca de dolor. Vislumbró la boca torcida, sufriende, hermosa al modo de las primeras esculturas de Cristo, esas tallas rústicas: belleza y sufrimiento unidos en un único gesto. Giró la cabeza, contempló el parque industrial y sus largos colmillos de vapor. Los autos sobre el puente junto a la biblioteca, a marcha lenta.

—Igual qué lindo que salimos más temprano —dijo Oliver.

Seamus hizo que sí con la cabeza pero en realidad ese horario le resultaba un incordio. El seminario a veces seguía hasta las seis pero otras terminaba a las cuatro. El rango del curso era tan amplio que esas tardes no podía trabajar. Le habría dado demasiada vergüenza tener que explicarle a su jefa por qué necesitaba semejante flexibilidad en la hora de ingreso, así que directamente se dejaba el día libre. Sin embargo ahora, que la clase había durado menos de una hora, tenía casi toda la tarde vacía.

—Lindo es una forma de decir. Para los que pueden vivir sin trabajar.

Oliver se rio.

—¿Qué tiene de gracioso?

—La forma en que lo dijiste. *Vivir sin trabajar*. Un poco engulado. Como impostando falsa compasión.

—¿Pagarse los propios gastos sería falsa compasión? —preguntó Seamus, a medio camino entre la ironía y la franqueza. Oliver se volvió a reír—. ¿Qué mierda te causa tanta gracia? No todos tenemos plata. O padres. Algunos nos tenemos que mantener solos.

—La ira desatada del hombre blanco de clase obrera, qué miedo —dijo Oliver. Ahora su risa era una carcajada, y Seamus sintió un nudo rígido en el fondo de la garganta. Tuvo ganas de empujarlo al agua.

—Serías el primero en terminar contra el paredón —dijo Seamus.

—Lo acepto en paz.

—Sé que no lo dices en serio, pero igual suena pésimo. Sí, tal vez yo sea un imbécil, es posible, pero todo esto me importa mucho. No me resbala. La poesía, por ejemplo. Me importa de verdad. Y me hace mierda tener que sentarme todas las semanas en esa clase y ver cómo se soban la concha mutuamente hablando de sus traumas o de lo que mierda sea. Cuando podría estar cubriendo un turno en el trabajo. Ganando para el alquiler. Como la gente normal. Para poder escribir poemas. Que después me destrozan. Porque no tratan sobre algún abuso sexual. Qué farsa —gruñó.

—Ey, yo estoy de tu lado. Te consta que me encantan tus poemas —dijo Oliver. Seamus se encogió de hombros.

—Terapia de grupo. —Seamus se mordisqueó un pulgar, arrancó una escama translúcida de piel muerta. Y entonces, como una moneda en el fondo de un pozo, muy por debajo de la superficie de su ira, destelló una idea.

—¿Sabes qué tendría que hacer?

—¿Emborracharte? Porque ese es mi plan —dijo Oliver.

—Tendría que escribir un poema que se llame “La cabeza de Gorgona”, para después ver cómo enloquecen esas cretinas.

—Perfecto —dijo Oliver, reclinado contra la baranda. El viento, casi áspero de tan frío, lo iba despeinando.

Y otra vez el borde de una imagen poderosa como una premonición: la cara de Oliver tensa y demudada a causa del sufrimiento.

—¿Debería, no?

—Te echarían. ¿Te volviste loco o qué?

—Pero es gracioso, ¿no? ¡Vamos! —le dio una cachetada en el hombro con el dorso de la mano—. ¡Es gracioso!

Oliver miró la margen opuesta del río. Tres edificios modernistas, agazapados sobre la orilla, como un rebaño de mamíferos rumiantes. El puente estaba sembrado de banderas de los países de origen de todos los alumnos de ese momento. Oliver se alejó de la baranda. Seamus lo siguió. El puente latía grave bajo sus pies, casi como si estuviera vivo.

—¿Te parece una idea horrible, no? ¿Una estupidez?

—No —dijo Oliver—. ¿Pero vale la pena? ¿Por qué harías algo así?

—¡Porque es gracioso! —lo tomó por los hombros y lo sacudió con ímpetu. Oliver se echó atrás de un salto. Pasado el enojo inicial, Seamus se descubrió perplejo.

—¿Pensaste que te iba a lastimar?

—Para nada. Pero, Seamus, la gente tiene sentimientos. Creo que a veces te olvidas. O piensas que es aceptable burlarse de eso. Pero la gente tiene sentimientos, y no está mal que así sea.

—¿Entonces te lastimé? No te sacudí tan fuerte.

—No, a mí no.

Tomaron el sendero que bordeaba el río. Pasaron junto a las galerías modernistas, donde se montaban exhibiciones y se ofrecían espectáculos. El otoño anterior, Seamus y Oliver habían ido a una de esas galerías a ver una conferencia sobre la cuestión racial

y la poesía de John Berryman. También estaban presentes algunas compañeras del seminario: Garza, Linda, Ingrid. Durante su charla, y al momento de citar una fuente, la conferencista, una mujer blanca, había usado la palabra *nigger*. La había pronunciado casi como al pasar, pero el auditorio había acusado recibo y se había quedado helado, hasta que de inmediato había levantado temperatura. Seamus había sentido un espasmo de júbilo. Hasta ese punto la conferencia le venía resultado tediosa, más que nada porque él coincidía en todo —racismo: malo; Berryman: bueno, pero también malo en temas raciales—. Escuchar a una persona blanca hablar sobre racismo era casi como ver un noticiero. Pero en este caso la situación tenía algo como *teatral*. A partir de ese día, y durante semanas, el relato del incidente había surgido una y otra vez, se había ido reconfigurando. Linda había terminado como invitada en el canal de noticias local para hablar de la violencia que la había abrumado durante la charla. A la oradora le habían dado licencia en el departamento de Literatura y después le habían pedido que ya no volviera a ocupar su puesto en la primavera. Después había cometido el error de escribir un artículo muy largo sobre el hecho para *The Guardian*, texto que Linda había compartido más tarde en Twitter, aprovechando para burlarse. Todo había derivado en una situación muy desagradable, una batalla campal en blogs culturales e Instagram, y ahora Linda era usuaria verificada en redes sociales, mientras que la conferencista cada tanto escribía columnas para *The New York Times* sobre cuestiones relacionadas con la cultura de la cancelación, algo que no era real salvo en esas ocasiones en que un poco sí lo era.

Ahora la vida pública encerraba cierta hostilidad. O quizás era una hostilidad que había existido siempre, y lo novedoso era solo que hoy en día estaba dirigida hacia gente que durante mucho tiempo se había visto exonerada de eso. Seamus creía que todo el asunto tenía el toque absurdo y dramático de alguna obra de teatro

célebre. Rasgos shakespearianos, malentendidos e inexactitudes, pasos en falso que se iban desplegando hasta eclosionar en algo realmente catártico. Salvo que ahí no había catarsis. Tan solo gente que se iba cristalizando y endureciendo en una caricatura de su propio personaje.

Pero Linda tenía razón. La conferencista había quebrantado el contrato social al usar esa palabra en voz alta, y, tal como era norma general desde el comienzo mismo de la sociedad, había que pagar un precio por romper el contrato, por decir lo indebido, por salirse del libreto.

Siguieron caminando en silencio, aunque Seamus todavía llegaba a oír el flameo de las banderas sobre el puente. El cielo era de un azul profundo, sereno. El sol le entibiaba la cara.

—Es que no quiero que te metas en más problemas. Te distrae del trabajo —dijo Oliver.

—Pero es gracioso, ¿o no? Es decir, con una mano en el corazón, ¿da risa, no? Solo un necio no se reiría de algo así. —Seamus odiaba el tono lastimero de sus propias palabras, la forma en que anhelaba el apoyo de Oliver. Pero más que eso le enfurecía que Oliver no pudiera ver lo objetivamente hilarante que iba a ser escribir un poema para dejar en evidencia la hipocresía que regía en ese programa de escritura, en el discurso de todos y en la farsa general del arte estadounidense.

Oliver suspiró.

—Sí, sería gracioso titular un poema “La cabeza de Gorgona” y después hacer que todos tengan que leerlo. Y sí, yo me reiría. Pero el poema de Beth era bastante personal. Hablaba sobre su vida. Y eso no causa gracia, ¿no? La vida de la gente, digo.

—¿Por qué no van a estudiar enfermería? —ladró Seamus.

—Dios mío —dijo Oliver—. Al final tal vez *sí* odias a las mujeres.

Seamus sintió la nuca caliente ante semejante insinuación. Qué tenían que ver acá *las mujeres*. Qué tenía que ver el *feminismo*.

Estaban hablando de una ética artística falsa, hueca. El arte malo no tenía género.

—¿Porque odio las generalizaciones chapuceras?

—Me da lo mismo. Como gustes. Veo que estás resuelto. Pero después no te sorprendas cuando la cosa te explote en la cara —dijo Oliver. Sin arrebatos. Sin malicia. Y sin embargo solo logró que Seamus se sintiera peor. Ese tono resignado.

Cerca de la orilla, bajo los puntales del puente, el agua burbujeaba. Se habían acumulado varias botellas de plástico y de a poco se habían ido llenando de sedimentos. Seamus se agachó para juntar unas piedras. Las fue tirando al medio del río. Cada parábola, un arco oscuro e irrevocable.

—No soy un monstruo —dijo—. A pesar de tus insinuaciones.

—No creo que seas un monstruo. Ya te dije: te veo muy resuelto. Lo que no entiendo es por qué.

—Qué gran compañero, eh. —Seamus le quitó el polvillo a las piedras contra la campera de Oliver—. Gracias por el apoyo.

—Bueno, precisamente porque soy tu amigo es que trato de evitar que hagas algo digno de un imbécil. Es por tu bien.

—Sí, claro, porque el imbécil soy yo...

—Ojalá no estés sugiriendo que yo sí.

—¡Ojalá tuvieras un poco de sentido del humor! —le dio un golpe veloz en el costado y salió corriendo por el sendero. Tenía un paso elegante y sostenido, pero Oliver era más alto y sus piernas devoraron de inmediato la distancia que los separaba. Al rato Seamus tuvo que bajar el ritmo y empezó a trotar de espaldas. Intentó refrenar la urgencia por toser, por aligerar los pulmones, pero terminó doblado en dos, las manos sobre las rodillas, el asfalto regado de un pegote amarillento. Se sacudió, le ardía la garganta.

Tenía que dejar de fumar.

Oliver lo golpeó fuerte tres veces en medio de los hombros. Con cada azote la oscuridad de los párpados de Seamus se anegaba



de rojo y de azul. Recién con el último, el más intenso, sintió que podía respirar bien y abrió los ojos.

Una penitencia.

De mañana y de noche Seamus trabajaba en la cocina de una clínica de cuidados paliativos: hacía caldos y sopas, picaba y pelaba verduras, cosas así. Había conseguido el puesto al llegar a Iowa City porque, a diferencia de Oliver y otros compañeros de clase, a él no le habían dado la beca *buena*, y los cretinos de no ficción se habían quedado con todos los puestos en la sección de retórica y composición. La directora lo había mirado con gesto compasivo y soñoliento:

—A veces nuestros alumnos tienen suerte y consiguen trabajo por la zona —le había dicho en un tono que ella habría imaginado útil—. Cositas, como para complementar...

Él conocía bien esa palabra: *complementar*.

Antes, en Brown, entre los menos talentosos de las clases pudientes, su beca le alcanzaba para la cuota y casi nada más. Sus otras necesidades se habían ido multiplicando en las sombras como una especie invasora y predatoria: libros de texto, comidas en el campus, gel de ducha, champú, dentífrico, jabón en polvo, el alquiler de un espacio en la heladera comunitaria de la residencia, el alojamiento en sí, cuadernos, lápices, internet, ocio. Era asombroso, pero en la facultad hasta los servicios más elementales parecían lujos por los que había que pagar. Le había costado bastante reunir el dinero para los muchos exámenes de ingreso (SAT, ACT, AP), dinero que había ganado trabajando en panaderías y cortando pasto. Pero en la facultad no alcanzaba con eso. Las necesidades eran demasiadas.

De modo que había complementado su beca universitaria no escribiendo artículos o cubriendo puestos de cuarta categoría en oficinas departamentales (los docentes no lo tenían en la más

alta estima), sino trabajando en la sombría cocina de un hospital en Providence. Las mujeres del lugar le habían tomado cariño, le habían enseñado a cocinar para decenas, para cientos. Él había incorporado esos nuevos ritmos, absorbido los vericuetos del consumo masivo, de la gran escala, y si sobraba comida —porque siempre sobraba— se la llevaba a casa y la almacenaba. Por eso ahora cada vez que necesitaba un trabajito veloz preguntaba en las cocinas de los hospitales. Ahí siempre buscaban personal. La gente se la pasaba renunciando, porque a esas instituciones no les quedaba más remedio que contratar a los desesperados, a los exhaustos, a los pobres, a esos que ya formaban parte de una calesita de empleos de mierda que los iba despedazando. Las cocinas de los hospitales albergaban adictos, expresidarios y ancianas (personas que jamás habrían podido pagar esos servicios de los hospitales en los que trabajaban).

Seamus era bueno para esas cosas. Le gustaba cocinar y tenía —de un modo no del todo ajeno a la escritura poética— cierta afinidad con las tareas demandantes y repetitivas que siempre hacen falta para conseguir buenos resultados, y también con las labores previas, necesarias y tediosas. En la cocina, solo, al final de un día largo, cortando o pelando verduras o haciendo caldo para las sopas de la semana, se sentía mejor que nunca. Esa constancia lo aplacaba. En la cocina, solo, se sentía en paz, acotado. Sin posibilidades de perderse en su propia cabeza, como si existiera en un estado de inconciencia. Nada era capaz de perturbarlo.

Como al día le quedaba todavía mucho cielo azul, pensó en ir hasta la cocina de la clínica a ver si podía trabajar un par de horas para aliviar un poco los gastos del mes. Se preguntó cómo haría la gente con familia para sobrevivir en base a becas estudiantiles. Pensó en Gerard, un conocido suyo del Departamento de Literatura que tenía esposa y dos hijos chicos.

Gerard estudiaba algo inconducente, algo tipo retórica y poesía medieval, y su mujer cuidaba a los nenes. Seamus cada tanto

los veía frente a la iglesia de St. Mary, donde una vez por semana se organizaba el banco de alimentos. La academia era el cenit de la estupidez. La gente se iba hundiendo cada vez más, ahogada en deudas, desesperada, muerta de hambre, solo para poder sentirse un poquito especial, para descollar en algún rincón oscuro y minúsculo del universo, para hacerse de unos conocimientos que nadie más tenía. El arte ameritaba enormes padecimientos, era cierto. ¿Pero al punto de poner a la propia familia al borde de la extinción? Seamus no entendía qué cálculos sacaría Gerard. A él le fascinaba la poesía, pero no siempre podía reconciliarla con los requisitos básicos de la vida.

Es decir, si él tuviera familia y responsabilidades no estaba tan seguro de poder darle un lugar preeminente a la poesía. Y en un caso así, si fuera capaz de imaginar un conjunto de circunstancias que lo llevaran a darle la espalda a la poesía, ¿entonces qué sentido tendría todo? Esto lo mantenía despierto de noche. Se preguntaba si carecía de determinación para convertirse en la clase de poeta que ansiaba ser. Pero entonces recordaba que era apenas otro hombre blanco en este mundo, uno más que cavilaba sobre la extinción de la poesía, que tantas y tantas veces había sobrevivido al fin de los tiempos. Y que iría a sobrevivir cualquier apocalipsis contemporáneo que él pudiera concebir. La poesía no lo necesitaba. Y desde luego no necesitaba las elegías que él pudiera componer en nombre de su extinción. Sabía bien que era un delirio. El delirio de aquellos cuyas vidas habían sido tocadas por la poesía: la noción de que, en cierta forma, la poesía los necesitaba para seguir existiendo. Pero no era cierto.

Los poetas. Dios santo. Qué mierda los poetas.

El centro de cuidados paliativos funcionaba en una casona de diez habitaciones en una zona verde y arbolada de los suburbios. En una época esa había sido la parte elegante de la ciudad, pero ahora ahí se había instalado un pequeño conglomerado comercial,

cinco farmacias, un centro de diálisis, un banco de plasma, una oficina de préstamos y tres restaurantes de comida rápida. Junto a la ruta había también un complejo de departamentos, una hilera de edificios de piedra marrón. Del otro lado, laderas húmedas, suaves, salpicadas de casas blancas y de remolques con senderitos de acceso cubiertos de ripio. En la casona alguna vez había vivido una familia histórica de Iowa City que se había extinguido tiempo después de terminada la Segunda Guerra. Los herederos, primos lejanos de New Hampshire, no habían querido la propiedad, porque quedaba lejos, era vieja y estaba agobiada por los impuestos. Para sacársela de encima se la habían vendido a una empresa que después había caído en manos de otra empresa y después de otra y de otra más. La casa había alternado entre una serie de compañías fantasma hasta que finalmente había terminado en manos de una organización nacional dedicada a convertir antiguas viviendas en residencias geriátricas y en centros de cuidados paliativos para enfermos y desamparados. La idea de base era que la gente no tenía por qué morirse sola, en un depósito, como si fuera un mueble fallido, descartado, sino que merecía morir humanamente, rodeada de cierta apariencia de consuelo.

En este centro, se había dado cuenta Seamus, a los residentes les gustaba hablar sobre animales extintos. Tortugas y mamíferos ignotos, aves y anfibios, peces. Mantenían la cabeza ocupada enumerando las muchas criaturas que habían cesado de existir. Algunas enfermeras trataban de impedirlo, porque les parecía morboso, pero los residentes eran pertinaces. Todos los días, a la hora del almuerzo o de la cena, cuando se reunían en torno a la mesa larga del comedor, o en el jardín trasero, los residentes ingerían sus alimentos pastosos o hacían girar sus vasos de agua y hablaban sobre el ocaso de las especies. El tema los llenaba de alegría, como si de pronto hubieran encontrado en el bolsillo un caramelo o recibieran un llamado telefónico de los hijos o los sobrinos. Breves estallidos de placer.

Seamus a veces rondaba esas conversaciones a la pesca de datos curiosos para después contarle a Oliver. ¿Sabía, por ejemplo, que los inviernos templados suponían un alza en las enfermedades transmitidas por las garrapatas? ¿Y que la migración de los ciervos desde la costa este hacia el oeste estaba provocando también un desplazamiento de la enfermedad de Lyme, además de la muerte de fresnos y cedros? Todo estaba unido en una red muy sensible. Garrapatas, ciervos, árboles y el calor de los días cortos del invierno.

En primavera, los residentes plantaban flores y verduras en el jardín de atrás. En otoño, se turnaban para rastrillar hojas caídas. Para analizar el suelo y ver si servía para hacer compost. Para cuidar a los pocos miembros de una familia de ciervos que vivía en el bosque. En ese centro los residentes eran activos, se pasaban el día en movimiento. Tenían motivos para levantarse a la mañana. Aunque todo fuera solo una ilusión orquestada con sumo cuidado y ejecutada con pericia.

En la planta alta, sufrían. Ocupaban habitaciones oscuras y yacían en camas de hospital mientras las enfermeras les secaban el sudor y les limpiaban el vómito y la mierda. Temblaban y gemían por los huesos rotos, los músculos atrofiados. En un primer momento, al llegar al centro, todos eran siempre muy optimistas. *Mira qué lindo es. Mira, vas a tener vista a los árboles. Es casi como vivir en el East Side. Ay, mira, hay patos en el estanque. Todos los días se juntan a tejer. Y una vez por mes viene de visita un grupo de chicos a leer y hacer artesanías.* El cortés ajeteo que se le ofrecía al dios de la muerte para hacer de cuenta, durante un rato, que eso no era más que un recreo, que muy pronto la vida volvería a la normalidad. Pero no duraba mucho. Algunos salían, se unían a los proyectos del instituto: el jardín, el compost, los ciervos, la observación de aves, el tejido, las artesanías. Y otros no. Se sentaban frente a las ventanas a esperar. Y después se morían.

Al llegar a la clínica, Seamus apoyó su bicicleta contra la pared lateral del jardín y subió a los saltos hasta el cuarto de servicio. En la radio de Eunice sonaba Chet Baker mientras ella revisaba y limpiaba un cargamento de hongos que habían mandado unos recolectores de la zona. Seamus golpeó las botas contra el marco de la puerta.

—Hoy no te toca —dijo Eunice.

—Me largaron antes.

—Más te vale no haber faltado a clase.

Seamus levantó las manos para demostrar su inocencia.

—Reviseme, sargento. Estoy limpio.

Eunice le indicó que pasara.

—Me puedes ayudar con la sopa de mariscos.

—Qué elegante —dijo.

—Dale tu toque especial.

Seamus se inclinó junto a la mesa, por sobre Eunice, e hizo de cuenta que supervisaba su labor con los hongos. Ella tenía gota en la rodilla izquierda y se le hinchaban los tobillos. Para tareas así, menores pero delicadas, se sentaba en una banqueta alta. Cepillaba los sombreros de las gírgolas, sus branquias sutiles. Y las morillas, que directamente eran algo salido de un cuento fantástico.

—Con eso ya está bien —dijo Seamus.

Eunice le dio una cachetada muy suave.

—Fuera.

Se acercó a la mesada y se encontró con Lena, que cortaba hierbas aromáticas. Lena había cruzado la frontera de los cuarenta pero tenía brazos flacos y usaba el pelo recogido en dos colitas tupidas que Seamus asociaba con las chicas de su escuela secundaria. Se lo teñía en su casa, color cobre, y se dejaba las raíces negras. Alzó la cabeza, le dedicó una mirada húmeda, verde, y una sonrisa que expuso los cráteres rugosos de sus encías, los dientes faltantes en el costado derecho de la boca.

—Sopa de mariscos —dijo él.

—Sabes que detesto esa porquería.

Seamus se lavó las manos y se puso un repasador al hombro. Lena se movió a un costado y lo miró mientras controlaba el trabajo pésimo que había hecho con las hierbas aromáticas.

—Además cortaste el ajo con mucha anticipación —dijo—. Va a perder sus propiedades antes de poder aportar sabor.

—Yo solo hago lo que me indica esta cosa —dijo ella sacudiendo el teléfono. Le mostraba el PDF que Seamus había descargado a los celulares de ambos el año pasado, al empezar en el puesto: un archivo con recetas e ideas sobre cómo cocinar para los moribundos, para los casi muertos. Eunice se había quejado de que le hacía doler los ojos, así que él le había traído una copia impresa en tipografía extragrande. Lena era diestra con el teléfono, pero incapaz de seguir el orden natural de una receta. Siempre quería preparar todo con antelación, y después avanzar rápido. Podía ir siguiendo ciertas pautas, pero no entendía el verdadero sentido de cada instancia.

—No te preocupes.

Con el dorso de la mano, Seamus empujó el ajo pastoso y mal cortado que había sobre la tabla hacia un cuenco para compost. Agregó también las cebollas y las cáscaras que había masacrado Lena. Peló un manojo de cebollas nuevas y las fue trozando con movimientos certeros del cuchillo. Le encantaba esa primera incisión de la hoja en la materia húmeda de los ingredientes. Podía leer, en ese momento inicial, el sabor del plato terminado. Eran solo cebollas, pero al dividir las al medio se sentía un poco más cerca de sí mismo.

Cortes intermedios, primero verticales y luego horizontales, una forma burda de conseguir cubitos. Aceite en la olla, para que se fuera calentado hasta quedar brillante. El siseo de las cebollas, del apio. Un sacudón para que se asentarán, para que sudaran. La radio

de Eunice en el cuarto de servicio: la trompeta diáfana y perfecta de Chet Baker, la tristeza dulzona de una música se iba elevando desde la oscuridad hasta envolverlos.

La frustración que le había dejado el seminario ya no estaba. En esa cocina se desprendía de todas esas minucias. Eran él y las cebollas que sudaban al fuego. Nada más. El ajo que pelaba rápido y que después, con un golpe plano del cuchillo, convertía en pulpa. Lo atravesaba con la hoja para quebrarlo y evitar que se pusiera demasiado pastoso. El perfume instantáneo de las *allium*, dulce e intenso. A la cacerola, junto con las cebollas y el apio.

Abrió una lata de tomates perita enteros y se humedeció las yemas de los dedos en el jugo. Le gustaba ese regusto metálico. Pisó los tomates y los trituró con una cuchara de madera. El siseo de los vegetales en la olla se hizo más agudo, así que buscó el caldo de champiñones que había preparado la semana anterior y echó un poco. Sofocó el ruido y evitó que los vegetales siguieran en contacto con el fondo del recipiente. Los dejó hirviendo a fuego lento. Después añadió los tomates triturados. Y por último el arroz. Agregó varios cucharones de agua. Sal. Una pizca de azúcar.

Lena lo había estado mirando todo el tiempo.

—Yo habría echado todo junto y chau —dijo.

—Sí, bueno. Es lo que sueles hacer, sí. Pero el orden... Es importante.

—¿Te enseñó tu mamá?

—No.

—¿No te cocinaba?

Seamus tapó la olla.

—Voy a lavar los platos.

—Estoy segura de que a tu madre le habrá encantado que anduvieras por ahí en esos momentos. Cocinando.

Apiló en la bacha los platos del almuerzo y recogió los que había ensuciado mientras preparaba la salsa. Dejó correr el agua



caliente y enjabonó tazas y cuencos. Platos. Sartenes y ollas. Se hundió hasta los codos en el agua.

No, su madre nunca le había cocinado. Su madre, ahora que él podía verla desde la generosidad de la edad adulta, había sufrido migrañas debilitantes. Se pasaba los días tirada en la cama. Su padre era albañil; en verano partía ladrillos y hacía trabajos viales, vertía cemento, para después, en invierno, poder ser un actor mediocre que salía de gira por el Midwest, junto a varias compañías chicas, representando *Hamlet* u *Otelo*. Casi siempre hacía de Yago, aunque cada tanto era también el padre de Desdémona.

Una noche su padre se había caído durante un ensayo técnico y se había fracturado un pie. La herida no había sanado bien, o algo así, y se le había hecho una infección. Había terminado perdiendo el pie izquierdo. Y algunos dedos de la mano. Había estado a punto de morir de sepsis. Por algún motivo su madre se había culpado por el incidente y por los problemas posteriores. Decía que lo había abandonado: que no le había prestado la debida atención, que no había controlado la lesión como correspondía. Se culpaba porque no había logrado salir de la cama, y a Seamus porque, bueno, como ella no podía levantarse le correspondía a él ayudarlo. Y por lo visto él tampoco había hecho lo suficiente.

Su madre quería a su padre más de lo que lo quería a él. En el hospital, habían estado casi todo el tiempo junto a su cama. Por faltar a la escuela durante dos o tres semanas, Seamus había tenido que repetir de año. Al salir de la internación, su padre era un hombre más gordo, más áspero. Un discapacitado.

Seamus pensaba, con una mezquindad algo ingenua, que si él fuera un escritor distinto —uno con mal gusto— podría escribir sobre *eso*. Sobre el olor a podrido del pie de su padre. Sobre el cuarto beige del hospital en el que había hecho la rehabilitación, que era simultáneamente luminoso y opaco, y donde su padre se ataba al cuerpo extremidades de plástico capaces de pellizcar y apretar. Ahí

él lo había visto tratar de abrir al máximo los muñones de la mano, esos dedos incompletos, y había notado también la ira en sus ojos al descubrir que ya ni siquiera podía con esa tarea tan simple. La ventana de la sala de rehabilitación daba a un jardincito con un cedro. Seamus había pasado mucho tiempo mirando ese árbol mientras su padre insultaba porque le ponían o le sacaban prótesis temporarias, sujetas con velcro. O podría escribir sobre el olor de las pastillas húmedas en un tubito plástico, mezcla de sal marina y mierda.

Una vez su padre le había pedido que le pasara un ungüento por la pierna. Seamus se había llenado los dedos de una crema blanca y grasienta. Para extenderla por la superficie oscura y filamentososa de la pierna. Pero había retirado la mano, sorprendido. La carne no estaba fría, ni muerta: era cálida, ligeramente velluda. Algo en esa piel fina, en esa trama muscular laxa y fibrosa vibraba con el hormigueo estático de las cosas vivas. Una vida evidente, dolorosa. Su padre había bufado:

—No sabes hacer nada.

—Perdón —había dicho Seamus—. Perdón.

—Fuera. Vete.

Podría escribir sobre eso, sobre el verano que había pasado en Pensilvania cuando lo mandaron a vivir con sus abuelos. Aquella casa oscura en medio de un campo de pastos amarillos, en un terreno que parecía negarse a creer en la llegada de la primavera, del verano. Todo en esa casa de Pensilvania era helado y estaba a medio eclipsar.

Sus abuelos habían sido tan amables que resultaban casi distantes. Él aceptaba los desayunos amargos que le daban, los almuerzos fríos. Para cenar le servían unas tartas extrañas hechas de menudos y cosas así. La casa olía a vinagre y a líquido para embalsamar. Sus abuelos casi no le hablaban, y él se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo solo. Al volver con sus padres estaba más alto, más pálido. Ellos parecían consumidos por la ira, por el dolor y la tristeza. No quedaban en pie más que sus cimientos.

Pero nadie había tenido una infancia feliz. Nadie tenía una buena vida. La fuente del sufrimiento humano era inagotable, y la gente lo recolectaba como quien saca granos de un silo. Había sufrimiento para ese, para aquel y para el de más allá: padecimientos para todos. El sufrimiento de su infancia pertenecía a un orden tan común que le daba vergüenza. Tal vez era eso lo que le irritaba del trabajo de sus compañeros. No era que sus vidas fueran peores que la de él, o que la suya fuera mejor que las de ellos... sino que todos cargaban con los mismos padecimientos, el mismo dolor, y él creía que nadie tenía el derecho de andar por ahí haciendo de cuenta que se trataba de algo más grave de lo que era: el mecanismo rutinario del universo. Cosas comunes y corrientes: padres crueles, sentimientos heridos, problemas agobiantes.

Ciertamente no era material digno de un poema. Pero él sabía —y era más una intuición que una certeza— que si escribía algo sobre todo aquello, sobre su vida, le iban a decir que era brillante. Le iban a decir que era su mejor obra, como si todo lo que hubiera escrito antes fuera una mera ilusión, una cortina de humo. Sabía que iban a decir que el poema era *bueno*, que era *vulnerable*, ¿y acaso había algo peor que eso?

Enjuagó la vajilla y la puso a secar en el escurridor. Se tomó su tiempo para acomodarla. Ubicó los platos en las ranuras sobre la pileta, dispuso los tenedores y las cucharas en diagonal, para que el agua drenara por las hendiduras y chorreara directo en la rejilla. Le gustaban las cocinas limpias, las cocinas ordenadas. Era lo que le habían enseñado en aquel primer hospital. A poner cada cosa en su sitio. A evitar las superficies resbaladizas. A no dejar los cuchillos apuntando para el lado indebido.

Hacía tanto calor ahí adentro que tenía la espalda transpirada bajo la remera. Separó la tela y la sacudió.

—Te toca —le dijo a Lena mientras le pasaba por el lado—. Tengo que ir a cambiarme.

Y bajó al cuarto de servicio. En la radio de Eunice seguía sonando Chet Baker. Se dio cuenta de que ella estaba abstraída, en alguna otra parte. En el bañito se quitó la remera y se secó. Después se puso una camisa limpia y un suéter. Le hormigueaban las encías. Se palpó los bolsillos, pero seguramente había dejado los cigarrillos en el abrigo, colgado en una percha en la cocina.

Se asomó por la puerta del cuartito, en lo alto de la escalera.

—Este chico, por favor... se cree que se las sabe todas.

—Que se vaya. Mejor él que yo.

—Bueno, según él, *es* mejor.

Seamus empezó a escuchar el latido de su propia sangre en los oídos. Qué vergüenza atroz. Pero no podía bajar otra vez sin correr el riesgo de que crujieran los peldaños, y no podía entrar a la cocina sin que ellas supieran que las había oído. Igual un poco quería que lo supieran, pero Eunice y Lena le caían bien. Eso empeoraba las cosas. Contuvo la respiración y esperó durante lo que supuso fueron cinco minutos, aunque bien podrían haber sido años, o dos segundos. Entró a la cocina. Les sonrió y se preguntó si se darían cuenta de que intentaba ocultar lo que sentía. No podía hacer ni decir otra cosa. Eso habría empeorado la situación. Eso habría sido como actuar. Pero *estaba actuando*. Ya lo habían forzado a actuar. En ese momento todos interpretaban un personaje.

—Me olvidé el abrigo —dijo. Descolgó la campera del perchero y se la puso—. Cuídenme bien la olla.

Lena se rio. Eunice le sonrió.

—Sí, jefe, lo que usted diga.

Seamus se retrajo. Después bajó a la oscuridad del cuarto de servicio.

Le ardía el interior de la nariz. Se llevó una mano a la cara para ver si le sangraba. Tenía la piel tan caliente por la vergüenza que quedó pasmado.

Seamus fumaba en los peldaños del jardín. El frío se había intensificado. Más allá de la línea de los árboles destellaba obstinada la ciudad. El fulgor potente del cartel de una farmacia, cruzando la ruta, se aplacaba en un blanco vaporoso a causa de la humedad ambiente.

En realidad fumar cerca del edificio iba en contra de las normativas, pero en el jardín había espacio para las excepciones. Ahí la ley era más laxa. En esa clínica lidiaban, después de todo, con la industria de la misericordia, y ver morir a un padre adorado, a una madre o a quien fuera bastaba y sobraba para que cualquiera anhelara un cigarrillo. Ya era casi de noche, y en el jardín no había nadie. Seamus estaba solo, y no dejaba de evocar la pelea con las poetas del grupo, sus sentimientos oscuros. Igual se rio al recordar la forma en que había usado la palabra *cotorra*, algo que llevaba años sin decir. Lo había abordado tan inesperadamente: *cotorra*.

No se había sentido tan cerca de un poema en siglos.

Durante su primer semestre en el posgrado, Seamus había escrito tres *villanellas* sobre un joven jesuita que hacia el final de la Gran Guerra recibe la noticia del armisticio justo cuando acaba de despertarse de un sueño húmedo. Su intención había sido escribir sobre lo sagrado y lo profano, la carne y el espíritu, la muerte de Dios y la vida del hombre, la desaparición de lo viejo. Quería escribir sobre las circunstancias cósmicas de la vida y el universo, y los misterios oscuros. Quería muchas cosas que había condensado en esos tres poemas, pero llegado el momento de analizarlos nadie había dicho una letra sobre sus textos.

Recién cuando el profesor dijo “Bueno, imagino que alguien habrá sentido *algo*”, Oliver había levantado la mano para decir: “La segunda pieza hace algo interesante con la forma”. Un temblor general había recorrido el salón y alguien había acotado: “Sí, sí, totalmente”. La charla había cobrado vida, expandiéndose, ganando perspectiva histórica y procurando dar cuenta de qué significaba escribir sobre la Primera Guerra en un mundo como el

actual, hecho de migraciones forzadas, de ataques con drones y hambrunas en Yemen. Qué significaba escribir sobre la Primera Guerra y el padecimiento del Viejo Mundo en una época en que el Nuevo Mundo sufría tanto, ante lo que Linda había dicho: “Francamente creo que es una pura masturbación europeo-occidental sobre esa única vez en su vida en que se sintieron la presa y no el depredador... o sea, por favor”. Helen había dicho que otro punto interesante era la falta de una mirada crítica hacia los jesuitas: “¿Y además qué pasa con el colonialismo?”. A lo que Garza había respondido: “Sí, exacto, ¿qué pasa?”. Y después Helen había agregado: “¡Exacto!”. Y Garza había dicho: “No, o sea... ¿qué quisiste decir exactamente con colonialismo en este contexto?”. Algo que había provocado un revuelo incómodo y después una defensa: “¿Los católicos? ¿América Latina? ¿Te suena?”.

“Para mí”, había interrumpido alguien, “el problema principal en este caso es que el autor sustituyó la crítica formal con el rigor emocional, y no parece dispuesto a abordar la dimensión política que supone esa decisión”.

Seamus había sacado la vista de sus apuntes para mirar de reojo a quien acababa de hablar. Era Ingrid. Ella lo había fulminado con un gesto perfecto de odio lúcido —ojos verde claro, cejas rubias, brillantes—.

Después de la clase Seamus se había ido a su casa y había destruido todos sus poemas, todos los borradores. Después había tirado por la ventana los pedacitos, que habían caído como si fueran las hojas blancas de un árbol y habían aterrizado en el techo de la galería.

Aquella había sido la primera y la última vez que mandaba algo para que lo analizaran en el seminario.

Desde ese día había empezado a poner excusas para no incluir sus piezas en el conjunto de textos, mientras se decía que el grupo no era digno de su obra. Más adelante se había convencido de que

en realidad lo suyo era un acto de humildad, de respeto por el *proceso*. Que no mandaba textos porque estaba sumergido de lleno en el mandato de la escritura. Que ya iba a entregar algo cuando estuviera listo, que no se trataba de colmar el ego con elogios o cosas así. Era lo que le decía a Oliver.

Después del seminario se había reunido con su profesor a tomar un café y charlar sobre su trabajo. Seamus había deslizado oblicuamente la noción de que él no estaba escribiendo para o desde el ahora, sino que quería escribir para lo eterno, para lo duradero, para el más allá y para el ayer, para siempre, por los siglos de los siglos, amén, ante lo que el profesor, un hombre que ya había superado los sesenta y cinco, y estaba agotado de dar gracias por la vida, por la libertad y por los beneficios de su país, un hombre que usaba pantalones Wrangler y fumaba American Spirits cada mañana al salir el sol, lo había mirado como ofreciéndole una especie de aprobación pasiva.

—Puede ser difícil... —había empezado a decir, y Seamus había respirado hondo porque sentía que alguien estaba a punto de entenderlo por primera vez en su vida, pero entonces el profesor había negado con la cabeza y había tomado un trago de café. Él había sentido que algo se retraía, se le alejaba para siempre.

—¿Qué cosa? —había preguntado él, pero el profesor ya estaba toqueteando las páginas de un diario. Parecía sorprendido de que Seamus le pidiera que ampliara su razonamiento.

—Ah, no, solo pensaba que durante tu primer año eso puede ser difícil, pero que después mejora.

Seamus se había sentido un idiota por haber esperado algo más de la frase *Puede ser difícil*, como si hubiera caído en el engaño de suponer que esa persona, ese profesor, era capaz de interesarse por él.

Era un problema habitual del mundo, pensaba Seamus: la gente iba por ahí haciendo de cuenta que se interesaba en los demás

cuando en realidad no era cierto. También había algunos que sentían que debían fingir interés en los demás cuando en realidad no lo hacían, o no podían, o no tenían espacio en sus vidas para algo así. Él al menos llegaba a entender eso: que a veces la propia vida estaba tan saturada que no dejaba lugar para los demás y sus cosas. Pero quizás estaba sobreanalizando la situación, quizás el profesor sí se preocupaba por él y por sus textos, y lo que le había dicho no era solo uno de esos lugares comunes que la gente usaba para sentirse bien: *Después mejora*. Quizás ese había sido un intento genuino por modificar su vida. Quizás ese había sido el momento al que más adelante volvería una y otra vez, ese instante sobre el cual diría: *Sí, ahí fue cuando todo cambió*. Pero en un rinconcito cínico de su mente y de su corazón Seamus no podía hacer nada para no subestimar y desestimar la opinión del profesor, incluso mientras sonreía, asentía con la cabeza y decía:

—Sí, tiene razón, tiene razón.

Aquel día en el café habían hablado sobre sus *villanellas* y sobre la dificultad de escribir usando formas antiguas, de tratar de reformularlas para que dijeran algo nuevo, y con cada palabra Seamus había ido detestando un poco más al profesor. Lo despreciaba por sugerir que sus poemas debían enunciar algo nuevo, ya que eso presuponía una cierta noción de progreso en la literatura, y centraba la importancia de una obra en su contemporaneidad. Al profesor le brillaban los ojos por el esfuerzo invertido en conectarse con él, en acercarse, y esto a Seamus también le daba bronca. ¿Por qué era incapaz de tratarlo como a un par, como a un igual, por qué le hablaba como si fuera un desafío pedagógico? Seamus había bebido en silencio otro sorbo de café, y al ver el fondo de la taza había hecho de cuenta que aún quedaba líquido. El profesor señalaba, gesticulando en órbitas caprichosas, a poetas vivos y muertos, de ese momento y de antaño, y Seamus había pensado: *Dios mío, qué vulgar. Qué mierda, qué vulgaridad. Qué asco*.



Cuando al final de aquel semestre el profesor le había preguntado por qué ya no enviaba sus textos al grupo, Seamus solo había dicho: “Bueno, a veces es difícil”.

Apagó el cigarrillo y exhaló el humo. Se abrió la puertita que daba al jardín y escuchó que alguien se acercaba. El pasto siseó. Con los ojos entrecerrados, Seamus miró en dirección a la pared, que en la oscuridad general parecía blanquiazul.

—¿Te sobra uno? —dijo una voz ronca.

El hombre se fue a parar bajo la luz de la ventana de la cocina. Era un tipo alto, morrudo, usaba gorrita de camionero y anteojos anticuados, con doble puente entre los cristales.

—Claro. —Seamus abrió el paquete. El hombre sacó un cigarrillo, pero en lugar de encenderlo lo miró fijo.

—¿Este es de los... *especiales*?

—¿En qué sentido?

El hombre estudió el paquete que Seamus sostenía en la mano y arrugó el ceño.

—No los conozco.

—American Spirits —dijo Seamus, y de inmediato sintió vergüenza—. Son cigarrillos comunes... Tranquilo.

El gesto de rechazo del hombre no cedía, pero Seamus siguió adelante sin cuestionarlo.

—Gracias —dijo. Lo prendió con un encendedor de plástico rojo e inhaló—. Es como fumar flores secas.

Seamus se rio del chiste. Él ahora era casi inmune al olor de los American Spirits, pero al principio era lo que más le gustaba de esa marca. Eran los que fumaba su profesor de Literatura del secundario. Él le había comprado su primer paquete. El señor Fulton, un hombre de boca grande y ojos llorosos, casi pelado. El señor Fulton, cuyo semen tenía gusto a heno húmedo.

Ya en la facultad, los American Spirits eran el símbolo de cierta clase de joven a quien todos querían emular. Alguien

con una elegancia descuidada, con la onda de los habitantes de Greenwich Village de los años sesenta... salvo que en una ciudad universitaria perdida todo eso se transformaba en mera impostura. Igual esa clase de afectación había desaparecido a mediados de los 2000, junto con el género musical *stomp-clap-yeah*. Ahora los American Spirits eran solo una extravagancia, aunque Seamus no lograba abandonar el hábito. Sus padres fumaban Menthol 100s.

—El tabaco es una planta muy dulce —dijo Seamus.

—Si lo sabré.

El hombre se apoyó contra la pared, bajo la ventana, y Seamus lo miró bien.

—¿Trabajas acá?

—En la cocina —dijo Seamus.

—Deben pagarte bien para que andes fumando de estos.

—No está mal.

—Mmm —se rio apenas, un ojo entrecerrado por el humo.

—¿A qué te dedicas?

—Ah —dijo el hombre—. *¿A qué te dedicas?* Debes estar en la facultad, ¿no?

—¿Es tan obvio?

El hombre tiró las cenizas contra la pared, volvió a llevarse el cigarrillo a los labios y se encogió de hombros.

—Supongo, sí. Bastante.

Seamus no siempre sabía bien cómo hablar con los lugareños. No entendía si tenía que ser deferente, servil o arrogante, si debía sostener la ficción de que los alumnos de posgrado no eran unos parásitos. A veces los lugareños no tenían ganas de entrar en ese jueguito que consistía en fingir que no les importaba la educación superior, aunque a veces sí. Seamus se adaptaba. Pero nunca sabía cómo guiar la charla. Cómo sostener una conversación real con alguien que desdeñaba las cosas que a él le interesaban.

El hombre siguió fumando. Dejó que se le fueran cerrando los ojos. A Seamus los peldaños de cemento helado le habían ido entumeciendo el culo.

—Esta noche va a estar áspera —dijo el hombre.

—Sí, seguramente.

—No guardé las gallinas. Mejor me voy yendo. Ey, gracias por el cigarrillo.

—No hay problema —dijo Seamus.

El hombre se alejó bordeando la pared; se apoyaba con la mano derecha y fumaba con la izquierda. Pero antes de desaparecer se dio vuelta.

—Eh, amigo. ¿Quieres ver algo?

Seamus alzó las cejas.

—¿Ver qué?

El hombre señaló con la cabeza en dirección al sendero de acceso. Seamus miró la cocina, donde Lena limpiaba diversas superficies. Se levantó despacio, se sacudió la modorra de los muslos y lo siguió hacia la oscuridad.

Avanzaron un poco sobre el ripio, junto a la empalizada de madera que bordeaba el sendero. El hombre fumaba al caminar. No hablaba, por eso a Seamus se le fue secando la garganta. El silencio previo, la expectativa. Vislumbró el significado general de la situación. Intuyó dónde estaba yendo, y para qué. Saltaron la verja y salieron a un sendero en penumbras. Seamus mantenía la vista clavada en la nuca del hombre. En la piel blanca. Caminaba con cuidado, pero el hombre se movía con unas zancadas tan elegantes que Seamus no lograba ocultar su asombro. Una vez en la cima de la loma, bajaron a paso torpe por la pendiente opuesta.

Llegaron a lo que parecía ser una gran rotonda de tierra.

El hombre se quedó de pie en el centro de lo que alguna vez había sido un campamento para casas rodantes. Miraba los largos remolques blancos. Los *motorhomes*. Las casillas. Un poste de luz

se alzaba por sobre sus cabezas, ambarino y brillante, como una protuberancia enfermiza. Una serie de caminitos de tierra llevaban hacia las ruinas de aquellas casas, de aquellas vidas. Era un lugar triste y desolado.

—Mi padre es dueño de todo esto —dijo el hombre.

—¿Dueño de qué, exactamente?

—Del terreno. Alquilaba el lugar, para que la gente instalara sus casas rodantes. La burbuja... antes de que estallara...

—¿Qué burbuja? —preguntó Seamus.

—La burbuja, la de Obama y los otros... Cuando la gente de pronto empezó a necesitar un lugar donde vivir. Les abrimos este predio, y se quedaron... pagaban un alquiler, pero después la cosa empeoró todavía más, porque el cretino se llevó la mano de obra al extranjero, y la gente quedó en una situación pésima. Y tuvimos que cerrar porque nadie nos pagaba el alquiler.

—Ah —dijo Seamus. No mencionó que la recesión había empezado antes de que asumiera Obama. Un poco porque la discusión no tenía sentido y otro poco también porque esa verdad no cambiaba la realidad concreta de lo que había pasado con ese lugar y con esa gente. Los nombres daban igual. Quién le había hecho qué a quién y cuándo. Eran circunstancias irrelevantes, meros detalles. Pero para los protagonistas... Antes de que el presente se convirtiera en pasado, y antes de que el pasado se convirtiera en historia, cuando era la familia de alguien la que pasaba hambre, o la ciudad de alguien la que se quedaba sin empleos, o era diezmada, no importaba si se le echaba la culpa al hijo de puta correcto. No importaba si se era capaz de recitar la doctrina o el linaje completo de los traidores al pueblo. Esos eran puros datos. Republicanos. Demócratas. Conservadores. Liberales. Libertarios. Comunistas. Socialistas. Cualquiera servía mientras se pudiera estar en paz a la noche. De todas formas era un gran autoengaño colectivo. Seamus mantuvo la boca cerrada. Miró las

ventanas rotas, los huecos donde antes había estado el revestimiento metálico.

—Hace unos años vinieron un montón de drogadictos —dijo el hombre—. Se llevaron todo. Cobre. Revestimientos. Cualquier cosa que se pudiera sacar. Como una jauría de coyotes. Antes de eso el viejo pensaba que íbamos a poder aprovechar algún programa del gobierno para deshacernos de toda esa chatarra. No creo que te acuerdes, pero en una época ofrecían buena plata. Creíamos que nos iba a servir. Que se iban a llevar toda esta mierda. Pero nunca llegamos a eso. Después el viejo se enfermó. Y ya ves cómo resultó la cosa.

Seamus sintió un ramalazo de culpa marxista. La vergüenza y la lástima refleja de hallarse en una situación apenas más favorable que la de su interlocutor. Pero después se le ocurrió que ese hombre probablemente tuviera mucho más dinero que él, y la culpa se aligeró un poco. Ahora ocupaban dos sistemas en forma simultánea. Qué raro. El entramado de las relaciones humanas.

—¿Esto es lo que querías que viera?

—No —dijo el hombre. Se dio vuelta, se desabrochó los pantalones sin mucha ceremonia y sacó la verga—. Esto.

A Seamus la desnudez le causó un impacto difuso. Esa protuberancia roma. Pero de inmediato sintió que por sobre la superficie de su lengua se deslizaba algo grave, algo parecido al deseo. Una confirmación. Se acercó al hombre y estiró un brazo. Tomó entre sus manos la calidez humana de esa verga y le dio un tirón exploratorio.

—Veo, sí —dijo Seamus.

—¿Entonces? ¿Solo vas a mirar o qué?

De cerca, Seamus podía ver bien sus patillas greñudas, los mechones de pelo que le asomaban por debajo de la gorrita de camionero. Y llegaba a oler, por supuesto, los American Spirits. El hombre dio una última calada y tiró el cigarrillo sobre el pasto frío

y reseco. La brasa se internó en la oscuridad y desapareció. Seamus se arrodilló, cerró los ojos y hundió la cara en la superficie almizclada de su pelvis. Olía mucho a transpiración, a todo un día de actividad, y sin embargo por debajo había también algo limpio, talcoso. Al abrir la boca, el glande resbaló sobre sus labios. La punta húmeda, con un leve gusto a pis. No se había sacudido bien.

El hombre dejó escapar un gruñido de placer que Seamus interpretó como una señal de que debía continuar. Y eso hizo. Hasta que el hombre alcanzó un ritmo estable. Entraba y salía de su boca. A Seamus le gustaba que lo usaran de esa manera. A veces creía que las únicas cosas que de verdad necesitaba en la vida eran la poesía y que cada tanto alguien lo agarrara y se lo cogiera como un pedazo de carne. Cerró los ojos y le apoyó las palmas en las caderas, pero el hombre se las separó de un manotazo.

—No me toques —dijo—. No me puedes tocar. Ahora abre la boca, quiero que te atragantes.

Seamus se lo hundió más adentro, dejó que la verga le distendiera la membrana delicada al fondo de la garganta. El tipo no la tenía muy grande. Nada impresionante. Lo único impresionante era la mezquindad con que le cogía la boca, y eso sí que no era *nada*. A Seamus le gustaba. La boca se le llenó de flema, se puso pastosa. Sentía un ardor persistente en la garganta, pero también aceptó eso, como quien acepta la oscuridad circundante mientras se va alejando de la gracia.

El hombre le apretó la nuca de una forma casi tierna, Seamus abrió los ojos y miró hacia arriba. Por un segundo, bajo la luz ambarina del poste de luz, vio al señor Fulton, y después al profesor del seminario de poesía. Pero no eran ellos. Era el hombre del campamento para casas rodantes, que se lo estaba cogiendo por la boca mientras le murmuraba en voz baja que era un chico muy bueno, que tenía una boca muy linda, que estaba haciendo todo muy bien.

El hombre empujó con alma y vida. Adentro, adentro, bien al fondo de la garganta. Seamus estuvo a punto de atragantarse. Pero no. Aguantó. El hombre suspiró y acabó, y cuando la sacó se frotó lo que le quedaba en la cara de Seamus. Una especie de unción, tibia y pegajosa, con olor a saliva y a mar.

Seamus se levantó. Se limpió la boca con un brazo y trató de recomponerse. Tenía la boca llena. No quería tragar, pero el tipo lo miraba fijo. Y sintió que si escupía iba a pasar algo terrible. El hombre estaba al lado, no le sacaba los ojos de encima.

Tragó. El hombre lo atrajo hacia su cuerpo y lo besó. No hubo amor en el gesto. Nunca había. Pero en ese beso Seamus sintió, no exactamente una cercanía con el hombre, pero sí cierta aceptación tácita de que estaban juntos *en algo*, fuera lo que fuera. Hacía mucho que Seamus no estaba en algo con nadie. Incluso algo fugaz. Y el beso ni siquiera había sido especialmente placentero. Se habían limitado a mover saliva de un lado al otro en una burda representación del placer y el deseo. A Seamus no se le había parado. El tipo seguía tocándole la entrepierna, tratando de activar algo, pero ahí no había más que frío y flacidez. Y además, sobre todo, le dolía que lo agarraran tan fuerte, que lo manosearan de esa forma. El hombre le lamió la cara y Seamus se imaginó una oscuridad íntima, minúscula, en la que estaba completamente solo.

—No tiene sentido insistir —dijo Seamus.

Mientras volvían, el hombre le pidió otro cigarrillo.

—Me hacía falta —dijo.

—¿Te calientan los moribundos, cómo es la cosa?

—No —dijo, y se detuvo. Le clavó con fuerza varios dedos en el pecho—. No te burles de los moribundos. La puta madre. Sé respetuoso.

—Dijiste que te hacía falta.

La cachetada llegó como una sorpresa. Estaban en el sendero del bosque. A la distancia, a través de los árboles, se adivinaban las luces de la clínica. Seamus entendió su soledad extrema. El hombre lo agarró por el cuello y le apagó el cigarrillo en un flanco de la cara. Le fue quemando la piel muy despacio.

—Mi papá se está muriendo en ese lugar de mierda. Era un gigante. Y ahora se está consumiendo como un marica lleno de sida. No hagas chistes sobre lo que hace la muerte en las personas.

Seamus trató de soltarse, pero el tipo solo apretó más fuerte, hasta dejarlo otra vez de rodillas. Se agachó a su lado, sobre el suelo frío. Quedaron cara a cara. Mientras le apretaba la tráquea lo miraba como si él fuera un nene.

—¿Tuviste en esta vida alguna vez algo que te hiciera sentir ínfimo? Me parece que no. Las cosas que le hace el mundo a la gente... No tienes idea lo que es la crueldad. Debería mostrarte. Si en este mundo hubiera un gramo de justicia, debería mostrarte. ¿Te piensas que porque te gusta chupar pijas el mundo te desprecia? Nada que ver. Eso ni se parece al verdadero sufrimiento.

Mientras el tipo hablaba, Seamus podía ver cómo los caninos se le llenaban de una saliva espumante. Dientes amarillos. Puntia-gudos. La boca de un depredador. Llegaba a oler el tabaco, el semen y la saliva seca. Así de cerca estaban. Más, imposible. Cara a cara. Casi como unidos en un rezo mancomunado. El tipo lo miraba a los ojos.

—Debería reventarte la cabeza —dijo—. Podría. Podría llevarte al campamento y mostrarte algo interesante. A ver la gracia que te causa. ¿Te gustaría, payaso?

Qué inepto se sentía Seamus en ese momento. ¿Así, entonces, iba a enfrentar el instante de su propia extinción? Le resultó casi gracioso. Se sintió tan tonto. Tonto y desamparado.

—Buenas noches, Joe, buenas noches, Joe, buenas noches —carraspeó.